

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA

HAMBRE



Por fin he escrito mi novela más importante Alberto Vázquez-Figueroa. Un valiente alegato contra la pobreza, el hambre y la injusticia.

Ochocientos cuarenta y dos millones de personas en el mundo no tienen suficiente para comer. La desnutrición mata a más de dos millones y medio de niños cada año. Sesenta y seis millones de niños van todos los días con hambre a la escuela.

Alberto Vázquez-Figueroa pone el foco en el mayor problema de la humanidad, el hambre, en esta novela extraordinaria que es un valiente alegato contra la injusticia, la pobreza y las indignantes desigualdades que toleramos a diario.

Los personajes que conquistaron a miles de lectores en su *best seller Medusa* vuelven a desfilar por las páginas de *Hambre*, cuya acción transcurre entre la indiferencia de los países occidentales y la desesperada miseria del África subsahariana.

«No sé si esta será mi mejor o mi peor novela, pero es la única que debería haber publicado porque gran parte de mi vida la dediqué a escribir sobre el tráfico de esclavos, la explotación infantil o el hambre que mata a millones de niños africanos, pero nunca comprendí que muchas de esas muertes podrían haberse evitado.

En regiones arrasadas por devastadoras sequías aterrizan aviones cargados de arroz, maíz, harina o lentejas, alimentos cuyos destinatarios jamás podrán digerir si carecen de agua. Lo que se consigue no es disminuir el problema sino multiplicarlo: pero cuando yo estaba en África no me daba cuenta.

Cuando llegue al desierto tenía doce años, y me avergüenza haber tardado sesenta y cinco en comprender que resul-

ta posible alimentar a esos millones de hambrientos con mucho menos esfuerzo y un poco más de sentido común. No es cuestión de hacer milagros, sino de utilizar unos medios que la naturaleza ha puesto a nuestro alcance y que están deseando ser aprovechados». Alberto Vázquez-Figueroa.

HAMBRE

I

Según tradiciones que se remontaban a casi veinte generaciones atrás, Dar-khái —«La Piedra Viva»— había caído del cielo otras veinte generaciones atrás, aunque había permanecido oculta en lo más profundo de una duna hasta que el viento arrastró la arena a parajes remotos y un avezado cazador —bisabuelo del bisabuelo del bisabuelo de Samar— la encontró cuando andaba tras el rastro de una manada de antílopes.

No era grande, del tamaño del dedo índice de un hombre adulto, negra, veteadada de gris, y tan pulida que resultaba posible reflejarse en ella casi como si fuese metálica.

Fue el propio bisabuelo del bisabuelo del bisabuelo de Samar el primero en advertir que en cuanto empezaba a moverse la piedra se calentaba y no paraba de aumentar de temperatura hasta que se detenía.

Si intentaba continuar en la misma dirección volvía a calentarse, pero si retrocedía o cambiaba de rumbo, se enfriaba.

Con el paso de los años los ancianos llegaron a una curiosa conclusión: La Piedra Viva marcaba la ruta apropiada cuando buscaban agua o buenos pastos y les ayudaba a evitar las embos-

cadras de salteadores de caminos que intentaran robarles el ganado, o tribus hostiles que pretendieran arrebatárselas a sus mujeres.

También se calentaba cuando alguien mentía, lo cual les libraba del peligro de caer bajo la influencia de los fanáticos predicadores islamistas o los algo menos fanáticos misioneros cristianos, puesto que constituía la prueba palpable de la existencia de un poder llegado del confín del universo que no necesitaba palabras para justificar sus actos.

Durante esas veinte generaciones la tribu prosperó bajo la protección de La Piedra Viva pese a que en el transcurso de la última, por culpa de la sequía, el avance del desierto, las interminables guerras entre distintas ideologías políticas o religiosas, el hambre, las enfermedades y la violencia pusieron en peligro su supervivencia como grupo étnico.

No obstante, su fiel protectora continuó señalándoles la ruta a seguir o las personas a evitar, por lo que acabó conduciéndoles a un remoto y fértil valle de abundante agua, ricos pastos y altas montañas que les aislaban de posibles enemigos.

Para colmo de bienes era un lugar en el que no resultaba factible encontrar oro, plata, diamantes, petróleo, árboles de maderas nobles o cualquier otra de las riquezas que despertaban la avaricia de los extraños, ya que su tierra tan solo era tierra que se hacía necesario cultivar allí mismo y aguardar con paciencia a que diera sus frutos.

La tribu parecía haber encontrado al fin el paraíso, que continuó siéndolo hasta que advirtieron que La Piedra Viva, aquella a la que se lo

debían todo, languidecía perdiendo lentamente su brillo y amenazando con convertirse en una piedra más entre las millones de piedras que arrastraban los ríos.

Debido a ello, y tras escuchar al viejo hechicero que había dedicado varias semanas a intentar comunicarse con los espíritus de sus antepasados, el Consejo de Ancianos convocó una asamblea en La Gran Casa de La Palabra con el fin de comunicar que había tomado una decisión sin precedentes:

«Dar-khái se muere de tristeza porque cayó del cielo con el fin de ayudar a los seres humanos, pero aquí ya no ayuda a nadie y como se lo debemos todo, nuestra obligación es entregársela a quienes la necesiten más que nosotros».

Las mujeres se cubrieron los cabellos de ceniza, los hombres se lamentaron y los niños lloraron, pero los ancianos se mostraron firmes en su decisión señalando que tanta generosidad tan solo admitía como pago el mismo grado de generosidad.

«Fuera de este bendito valle millones de personas mueren de sed mientras a nosotros nos sobra agua; fuera de este bendito valle millones de personas mueren de hambre mientras a nosotros nos sobra maíz. Pero como viven muy lejos y no podemos llevarles agua o maíz, que a muy pocos conseguirían salvar, debemos llevarles nuestra piedra. El hechicero asegura que en algún lugar del norte, también muy lejos, existe un gran guerrero digno de nuestra piedra, y por lo tanto hemos elegido a Samar, que es el muchacho más fuerte e inteligente de la tribu, para que vaya en su busca y le suplique que acuda

en ayuda de los desheredados. Dar-khái le conducirá hasta donde quiera que se encuentre».

El joven Samar abandonó el valle, atravesó las montañas, las praderas y las selvas, llegó a los límites del desierto y se unió a una veintena de famélicos caminantes que se dirigían al norte, y aunque la mayoría murió en la inmensidad del Sahara, él consiguió seguir adelante hasta que cayó en manos de contrabandistas que lo retuvieron contra su voluntad obligándole a trabajar en condiciones infrahumanas.

Pasó varios meses transportando pesados fardos a través de la frontera entre Argelia y Níger, siempre vigilado por hombres fuertemente armados que a menudo le azotaban, hasta que un bendito día, y aprovechando el desconcierto provocado por una súbita tormenta de arena, consiguió escapar con ayuda de La Piedra Viva.

Se ocultó en una diminuta guarida de zorros durante cuatro días porque cada vez que intentaba salir la piedra se calentaba advirtiéndole que aún seguía en peligro.

La sed le atormentaba pero por las noches colocaba al aire libre, protegidas del viento, dos pequeñas cazoletas metálicas muy planas que siempre llevaba colgando al cuello.

Aquel era un viejo truco que su tribu había aprendido mucho tiempo atrás de los sufridos habitantes de las tierras vacías. Con el paulatino descenso de las temperaturas aumentaba la humedad y el rocío se iba depositando sobre las cazoletas de forma que poco antes del amanecer, antes de que regresara el calor, contenían un poco de agua, pero solo la suficiente como para sobrevivir a condición de que durante el día no consumiera energías.

No obstante, al mediodía, cuando la temperatura alcanzaba los cincuenta grados, casi perdía el conocimiento, pero el recuerdo de las palabras de los ancianos le mantenía alerta y al fin una noche pudo reiniciar la marcha siempre hacia el norte, en busca del valiente guerrero que según el hechicero salvaría a los hambrientos.

Una hiena le seguía, aventado el olor de la muerte, pero entre las muchas cosas que le había enseñado su padre estaba el imitar los gruñidos de un leopardo cuando se dispone a atacar en las tinieblas, y no había hiena en las sabanas, las selvas o los desiertos que no escapara con el rabo entre las piernas al oírlo.

Cerró por un momento el manuscrito tratando de imaginar lo que cruzaría por la mente de un muchacho que estaba padeciendo tal cúmulo de calamidades, puesto que como solía suceder cuando tenía que traducir un libro, intentaba captar el ambiente en que se desarrollaba la acción, pero sobre todo intentaba captar el espíritu que animaba a sus protagonistas.

Esa constituía sin duda la parte más difícil de su trabajo, ya que el resto eran palabras, aunque en este caso no le habían pedido que tradujera un libro ya editado, sino que opinara sobre el primer capítulo de una historia que había impresionado vivamente a su editor.

Ante su vista se extendía un hermoso paisaje de verdes planicies surcadas por riachuelos a cuyas orillas se alzaban hileras de olmos, higueras y castaños, dominado todo ello por altas montañas en cuyas cimas refulgía la nieve, un lugar tan alejado del desierto, el calor, las hienas o la sed, que sus esfuerzos de imaginación resultaban inútiles dado que la imaginación resulta tanto más limitada cuando más real suele ser lo que se pretende imaginar.

Como tan acertadamente asegurara el gran Kabir Suleiman en su famoso *Manual de las Derrotas*: «Al iluso le resulta más sencillo crear lo inexistente que recrear lo que ya existe».

Siempre había aceptado como válida tan tajante premisa, por lo que se sumergió de nuevo en la lectura:

Días más tarde, ya extenuado, alcanzó un lugar en el que hombres blancos, negros y amarillos buscaban petróleo a base de provocar pequeñas explosiones y estudiar sus ecos con un sinfín de aparatos.

Lo cuidaron, le proporcionaron agua, comida, un casco de metal y un mono gris, por lo que trabajó para ellos durante no recordaba cuánto tiempo.

Sabía que necesitaba recuperar fuerzas porque el camino aún era largo, y pese a que le constaba que en la región abundaban los extremistas islámicos, se sentía seguro debido a que les protegían una veintena de soldados fuertemente armados.

Engordó seis kilos y aprendió a manejar explosivos y a entenderse con blancos y amarillos casi tan bien como se entendía con los de su propia raza.

Todo parecía estar a su favor hasta que una noche se despertó al advertir que Dar-khái se calentaba y lo hacía de una forma inusitada.

Semejante reacción no era normal, por lo que abandonó el barracón y salió a observar lo que ocurría en el exterior.

Una delgada luna en creciente se alzaba un cuarto en el horizonte y más allá de las luces que marcaban los límites del enorme campa-

mento apenas se distinguían las siluetas de las dunas.

No parecía existir razón para inquietarse, pero La Piedra Viva casi ardía, por lo que de improviso, y casi sin pensarlo, comenzó a gritar «¡Alarma!. ¡Alarma!», en todos los idiomas en que se sentía capaz de hacerlo.

A los pocos minutos el lugar era un infierno de explosiones, disparos, órdenes, maldiciones, alaridos, gritos de angustia y llanto de moribundos. Una granada voló en pedazos el mayor de los barracones, dos soldados cayeron abatidos por ráfagas que llegaban desde las lejanas dunas, y los terroristas aprovechaban las tinieblas con el fin de aproximarse y lanzar bombas de mano con ayuda de primitivas hondas.

Junto al ardor de la piedra Samar experimentó la quemadura producida por una bala que le había rozado la pantorrilla, por lo que cayó de costado apretando los dientes aunque sin pedir auxilio, puesto que en aquella situación nadie estaba obligado a preocuparse más que de sí mismo.

Todos sabían que si los extremistas conseguían entrar en el campamento los pasarían a cuchillo sin importarles la edad, el color de su piel, ni su forma de alabar a Dios, debido a que el fanatismo religioso barría el mundo, destruyendo y matando desde el corazón de las ciudades más pobladas hasta el último rincón del desierto más desierto.

Se arrastró dejando tras de sí un reguero de sangre, intentando encontrar un arma con la que defenderse, pero a los pocos metros advirtió que ahora tan solo sentía la quemadura de la

herida debido a que la piedra se iba enfriando lentamente.

Al poco cesaron los disparos y a su alrededor quedaron seis cadáveres, una decena de heridos y un campamento convertido en ruinas.

Comprendió que había llegado el momento de reemprender la marcha rumbo al norte, en busca del mítico guerrero que salvaría al mundo, y al cabo de diez días avistó el mar.

¡Era tan grande! ¡Y tan inestable!

Estaba acostumbrado a la inmensidad del desierto, pero en el desierto la arena ofrecía casi siempre un punto en el que apoyarse, mientras que en aquella otra inmensidad sin horizontes, los pies se hundían y la angustia se aferraba a la garganta como los colmillos de un león que no cejaría en su empeño hasta que a los pulmones no llegara ni un soplo de aire.

Se sentó en la orilla y comenzó a llorar.

Al fin y al cabo tan solo tenía quince años.

Cerró de nuevo el manuscrito.

Ahora sí que alcanzaba a comprender lo que experimentaba el pobre Samar, puesto que a él le aterrorizaba el mar hasta el punto que jamás había aceptado aproximarse a menos de diez metros de sus orillas y le había resultado imposible aprender a nadar.

Dejando a un lado la comprensible sensación de angustia ante semejante barrera, a su modo de ver infranqueable, también resultaba harto difícil penetrar en la mente de un chicuelo que pertenecía a un mundo que constituía casi las antípodas del suyo, pese a lo cual se enfrentaba descarada e insistentemente a la muerte con el único fin de suplicar a un imaginario guerrero que persistiera en su lucha contra el hambre y la injusticia.

Se vio obligado a admitir que como inicio de un relato de aventuras aquella historia poseía una innegable fuerza, aunque sabía mejor que nadie que proliferaban las historias que prometían mucho en sus primeras páginas pero acababan decepcionando porque, a semejanza de los globos, una novela nunca ascendía si no se la hinchaba lo suficiente, pero demasiado a menudo estallaba por exceso de presión.

No obstante, el editor, que siempre había demostrado saber lo que se traía entre manos, gracias a lo cual había conseguido amasar una considerable fortuna, parecía fascinado por las andanzas de aquel osado rapaz inasequible al desaliento.

Sus lágrimas tenían el mismo sabor que aquella «agua inútil», que no servía para hacer crecer el maíz sino para agostar los campos y matar de sed a los animales, ya que según los ancianos no era el agua de los dioses sino de los demonios que la utilizaban para que actuara como una extensa barrera entre los hombres, fueran de la raza o el color que fuesen.

Según otra vieja leyenda, en un principio los dioses habían creado los mares de agua dulce con el fin de que las tierras que los circundaban se transformaran en auténticos paraísos, pero posteriormente los demonios los llenaron de sal con el fin de convertirlos en infiernos.

Samar tan solo dejó de llorar en el momento en que distinguió una barca desde la que tres pescadores lanzaban redes. Agitó los brazos llamando su atención y cuando acudieron les ofreció la mitad de cuanto había ganado trabajando en los campos petrolíferos si le trasladaban a la otra orilla.

Le recriminaron por la estúpida imprudencia al mostrar tanto dinero a desconocidos que hubieran podido robarle y arrojarle al agua cuando se encontraran mar adentro, pero les respondió con firmeza y desparpajo que sabía que eran hombres honrados porque de lo contrario «su piedra» se lo habría advertido.

La respuesta del patrón de la nave dejó de manifiesto el sentir de sus compañeros de faena:

—Este debe de ser el negro más loco de los miles de negros locos que cada año se arriesgan a cruzar el mar. ¿Adónde vas?

—A luchar contra el hambre.

—En aquel cesto encontrarás pan y queso.

—No es contra mi hambre contra la que luchó; sino contra la de muchos.

Extrajo de la mochila pan, queso, jamón y una cantimplora de vino de sus propias viñas, almorzó muy despacio mientras seguía con la mirada el desplazamiento de una nube con forma de borrico de enormes orejas, e intentó una vez más introducirse en la piel de un chicuelo que aspiraba a luchar «contra el hambre de muchos» sin más ayuda que los restos de un meteorito que había caído del cielo cientos de años atrás.

Se trataba sin duda del negro más loco de los miles de negros locos que cada año se arriesgaban a cruzar el mar, pero no podía por menos de preguntarse quién diantres sería aquel lejano y misterioso guerrero al que tenía que entregarle una piedra.

Y es que no eran aquellos tiempos propicios para valientes guerreros decididos a enfrentarse a mil peligros ni para que proliferasen héroes de leyenda que vertieran su sangre en beneficio de los olvidados. Más bien eran tiem-

pos de ladinos políticos, avariciosos banqueros y explotadores empresarios.

En un imaginario cuadro que reflejase los primeros años del nuevo siglo tan solo podrían encontrarse tonalidades grises, paisajes grises, hombres grises e ideas grises, sin un solo destello de color, ingenio, alegría o esperanza.

Podría decirse que el largo día de la humanidad había culminado en un atardecer plomizo, deteniéndose en él sin permitir que alcanzara a llegar la oscuridad de la noche.

Aquella había sido siempre la hora predilecta de los mosquitos.

Recordaba haber traducido años atrás un libro en el que se contaba cómo nubes de mosquitos ocultaban el sol en los atardeceres de las salinas del desierto. Según su autor, podían desangrar y acabar matando a quien no consiguiera protegerse, y aunque tal vez se tratase de una exageración, existía una notable similitud entre aquellas fangosas salinas y una sociedad que vivía expuesta a los ataques de millones de anónimos canallas que no experimentaban la menor compasión a la hora de extraerles la sangre a sus víctimas por muy indefensas que se encontraran.

Concluyó su frugal almuerzo, echó un largo trago de vino y se durmió al instante tal como tenía por costumbre cuando pasaba el día en el campo.

Al abrir los ojos casi una hora más tarde, le sorprendió descubrir que por el empinado sendero ascendía sin prisas un vendedor ambulante que llegaba cargado de relojes, gafas de sol, bolsos de imitación y baratijas.

Era un escuálido africano muy joven y en cuanto llegó a su lado, se acuclilló saludándole con una leve inclinación al tiempo que extraía del bolsillo una pequeña piedra negra con vetas grises que le entregó señalando:

—Espero que hagas buen uso de ella.

—¿Y cómo se hace «buen uso» de una piedra?

—Tú sabrás, dado que eres un gran guerrero.

—Nunca he empuñado un arma.